

---

## Capítulo LXXII.

---

Después de la victoria.

La victoria alcanzada por los españoles en la memorable batalla de Otumba se debió principalmente, como todas las conseguidas sobre los indios, á la intervencion de la Providencia.

Un suceso, cuyo recuerdo se conserva todavía, vino á decidir la suerte de las tropas que acaudillaba Hernan Cortés.

En lo más encarnizado de la lucha, en lo más rudo de la pelea, en lo más sangriento del combate, cuando los españoles empezaban á notar que decaían sus fuerzas, cuando se apoderaba de ellos al desaliento al ver lo inútil de su valor, de su arrojo, de su energía, cuando desconfiaban de poder vencer á sus enemigos, que cada vez aparecían más numerosos, un

resplandor dulcísimo, vivificante, consolador, iluminó el espacio.

Instintivamente dirigieron su vista al cielo, y su sorpresa fué indescriptible al distinguir rodeado de una aureola espléndida al Apóstol Santiago, que lanza en ristre y con la mirada fija en los españoles, les animaba á continuar luchando, asegurándoles desde luego la victoria.

Con tan poderoso auxilio los españoles recobraron las fuerzas perdidas, y arremetiendo con más ímpetu, con más vigor con más decision que nunca contra aquel formidable ejército, no tardaron en quedar dueños del campo.

Los mejicanos, amedrentados de aquel espectáculo, huían despavoridos y apenas oponían resistencia á los conquistadores.

Es también indudable que á una inspiracion divina debió Hernan Cortés la idea de apoderarse del estandarte del ejército enemigo, idea que coronó los esfuerzos de su ejército.

Pero continuemos el hilo de esta verídica historia.

Después de terminada la batalla y de entregarse los soldados á los excesos del pillaje, excesos sólo disculpables por la embriaguez que produce la lucha, Hernan Cortés reunió á sus tropas.

—Es necesario,—les dijo,—proseguir la marcha. Las vecinas montañas, cuajadas de enemigos, son un peligro, una amenaza constante á nuestra seguridad. Cerca de aquí se divisa un caserío de pequeña pobla-



cion. Aproximémonos á él para pernoctar y para atender al cuidado de nuestros hermanos, que se hallan heridos.

Los soldados obedecieron las órdenes de su caudillo.

Los gritos y las amenazas de los indios se oían continuamente.

Al amanecer se puso en marcha el ejército español.

Poco despues descubrieron la muralla de Tlascalala.

Los habitantes de esta ciudad que formaban parte de la division de Cortés al regresar á su patria, besaron el suelo como el hijo cariñoso que vuelve al regazo de la madre.

A la entrada de la ciudad habia un manantial de cristalinas aguas.

Allí aplacaron todos la sed devoradora que les habia producido la marcha y las fatigas de la pelea.

Hernan Cortés recomendó á sus soldados que tratasen con el mayor afecto á los tlascaltecas, procurando conservar las buenas relaciones que con ellos tenian.

En su propósito de no aparecer hostil á los de Tlascalala, mandó hacer alto en Gualipar, villa de considerable poblacion.

Quería enviar un mensaje al senado, pidiéndole permiso para su entrada en la ciudad.

Los habitantes de Gualipar le recibieron de una manera espléndida.

Todos á porfía ofrecian sus casas á los expedicionarios, les agasajaban con cuanto tenian, y todo demostraba en ellos la sinceridad de su alegria y la veneracion que les producía la presencia de los extranjeros.

Cuando los enviados de Cortés fueron á Tlascalala á dar á conocer al senado los deseos de su caudillo, ya habia llegado allí la noticia de su victoria.

La fama de su gloria cundió por la ciudad con rapidez eléctrica.

Desde aquel momento se aprestaron todos á visitarle.

Magiscatzin, su leal amigo, con los altos dignatarios de la república, corrió á abrazar al caudillo de los españoles.

Acompañaba tambien á la comitiva un anciano venerable.

La bondad de su rostro le hacia más simpático por la desgracia de ser ciego.

Este anciano era Xicotencal, el padre del caudillo indomable del mismo nombre á quien ya conocemos.

Magiscatzin fué el primero, que adelantándose á la comitiva, estrechó afectuosamente en sus brazos á Hernan Cortés.

De cuando en cuando se separaba de él, le contemplaba con entusiasmo y volvía á abrazarle de nuevo.

Todo en él indicaba la admiracion que le producía que se hallase vivo despues de la terrible batalla que habia reñido con los mejicanos.



Xicotencal el ciego, extendiendo los brazos hacia el sitio en donde se hallaba el caudillo:

—¿Dónde está, dónde está ese héroe?—exclamaba.—Quiero estrecharle en mis brazos, y sólo siento que los dioses no me concedan la dicha de poder ver su semblante, de poder admirar á ese sér sobrenatural que tantas victorias ha conseguido.

Los senadores, los ministros, los altos dignatarios de la república, iban felicitando al caudillo de los españoles, y despues saludaban afectuosamente á los capitanes y soldados á quienes conocian.

Xicotencal el hijo fué el que ménos expansivo se mostró en aquella entrevista.

El recuerdo de que habia tenido que doblegar su indómito carácter, su entereza militar á Hernan Cortés, le mortificaba, y en el fondo de su alma sentia avivarse de nuevo el deseo de la vengaza.

En las conversaciones que tuvo Cortés con los tlascaltecas, se convenció una vez más de la sinceridad de su afecto.

Lo que más le alegró fué la noticia de que estaban reuniendo sus tropas, y de que muy pronto podría tener á sus órdenes treinta mil hombres para que le auxiliasen en su marcha.

Doliéronse de sus heridas, considerándolas como un desman sacrilego de aquella guerra sediciosa.

Sintieron la muerte de los españoles, y especialmente la de Juan Velazquez, cuyas prendas personales estimaban en alto grado.

Al terminar su conversacion, añadieron que po-

dia contar con ellos para todo, porque ya no sólo se consideraban sus aliados, sino los vasallos de su rey; y por estas dos razones creian una obligacion de amistad y vasallaje ponerse de su parte y morir á su lado si era preciso.

Hernan Cortés les manifestó su gratitud por sus reiteradas ofertas, y se persuadió de que la victoria de Otumba borraba en la imaginacion de los tlascaltecas las pérdidas que habian sufrido al salir de Méjico.

Esta opinion le era muy favorable á su prestigio.

—Ahora, si gustais,—añadió uno de los senadores,—venid á la ciudad, donde hallareis un alojamiento digno de vuestra grandeza.

—Mejor seria,—añadió otro,—que aplazáseis vuestra llegada dos ó tres dias para poder hacer los preparativos necesarios para vuestra recepcion, que debe ser todo lo grande, todo lo espléndida, todo lo magnífica que merece vuestro valor, y que conmemore las hazañas que habeis llevado á cabo.

Hernan Cortés sintió una viva satisfaccion al escuchar aquellos propósitos, y pretextando la conveniencia de que descansara su gente, aplazó la marcha.

Cuando se retiró la comitiva, Xicotencal, cuya altivez se rebelaba en presencia de Cortés:

—Padre,—dijo al anciano,—bien se conoce que no sabeis toda la hiel, toda la infamia que alberga el corazon de ese extranjero. De otro modo, no hubiérais deseado tanto estrecharle en vuestros brazos.

—¿Qué dices?



—Digo que ese aventurero infame ha de ser la ruina de todos nosotros, como lo ha sido de otras tribus, y juro solemnemente que el día que los dioses me sean propicios he de beber la sangre de ese falso amigo.

Xicotencal el ciego nada contestó; pero desde aquel momento se atennó en gran parte la admiración y el respeto que le habia infundido el héroe de nuestra historia.

---

## Capítulo LXXIII.

---

La amistad de los tlascaltecas.

Tres días se detuvo el ejército en Gualipar, asistido generosamente de cuanto hubo menester por cuenta de la república.

Hernán Cortés, que como ya hemos tenido ocasión de ver, conocia perfectamente el corazón humano y sabia explotar sus debilidades, ordenó á sus soldados que vistieran sus mejores galas.

Las joyas y las plumas de los mejicanos vencidos completaron el adorno de su traje.

Los individuos del senado, los caciques y los ministros, acompañados de sus numerosas familias, salieron á recibir á sus aliados y amigos.

Todos ostentaban lujosos atavíos, y en su conti-



nente majestuoso daban á entender el alto aprecio en que tenían á los extranjeros y el ferviente deseo que les animaba de manifestarles el respeto que inspiraban.

Cubriéronse de gente los caminos.

Los aplausos y los vítores atronaban el espacio.

Al presentarse los españoles, los atabalillos, las flautas y los caracoles entonaron alegre música.

Todo revelaba la inmensa dicha que embargaba á los tlascaltecas.

El ejército todo se alojó cómoda y convenientemente.

Magiscatzin se obstinó en llevar á su casa á Hernan Cortés, y este admitió su oferta, porque temia si le desairaba infundir en él sospecha.

Todos los caciques se esforzaban en alojar en sus respectivas moradas á los capitanes; pero Cortés, á quien los triunfos obtenidos no le hacian olvidarse de sus deberes, se negó amistosamente á complacerles, pretextando que las ordenanzas de su ejército prohibian á los jefes separarse de sus soldados.

La entrada triunfal en la ciudad de Tlascala tuvo lugar en el mes de Julio del año de 1520.

Al día siguiente comenzaron las fiestas que se habían preparado en obsequio de los españoles.

Ya se ordenaban desafíos con premios destinados al que mayor acierto desplegara en el manejo de las flechas.

Ya se competía sobre las ventajas del salto y la carrera.

Habia tambien en la ciudad sitios destinados á representaciones dramáticas.

El principal era un gran terraplen de piedra, y el espacio que ocupaban los actores estaba más elevado para que los espectadores pudiesen verlos y oírlos perfectamente.

Las representaciones tenían lugar al aire libre, y los que en ella tomaban parte elevaban de cuando en cuando su mirada, como para inspirarse en aquel magnífico cielo ecuatorial.

Los bailes y las danzas con que amenizaban estos espectáculos eran alegóricos, expresivos y notables por su elegancia y variedad.

Los cánticos que entonaban les recordaban sus batallas ó los hechos memorables de su historia.

Tambien en ellos se condensaban interesantes episodios amorosos.

Hernan Cortés agradecía aquellas afectuosas demostraciones, y dirigia estusiastas elogios á los actores de aquellas fiestas.

Sus capitanes y soldados manifestaban tambien el mismo entusiasmo.

Para granjearse el aprecio de los tlascaltecas, repartian con profusion entre ellos joyas y adornos de las que les habian correspondido como botin de la batalla de Otumba.

Pero un funesto contratiempo vino á turbar la tranquilidad, la alegría de que todos disfrutaban.

Hernan Cortés habia descuidado la curacion de la herida que recibió en la cabeza en la última batalla,



y el excesivo ejercicio de aquellos días la había agravado.

Una inflamación al cerebro que se presentó, seguida de una fiebre, que se hacía más intensa á medida que avanzaba el tiempo, inspiró serios temores á los que le rodeaban.

Marina no se separó un instante de él.

La postración en que se hallaba su amante la consternó.

En los momentos en que el enfermo cedía al cansancio, los ojos de la india brotaban abundantes lágrimas.

Su corazón se desahogaba entonces.

Cuando Cortés la veía, procuraba mostrarse sereno, y este esfuerzo que tenía que hacer la despezaaba el corazón.

Marina escuchaba sin perder una sola de las palabras que pronunciaba en su delirio Hernán Cortés.

Una noche su desesperación no tuvo límites.

En medio de su insomnio, presa sin duda de los remordimientos que de vez en cuando mortificaban su corazón, conversaba el caudillo con su esposa Catalina, y con la mayor ternura la juraba que sólo ella era dueña de su corazón.

Cuando esto sucedía, la desesperación de Marina no tenía límites.

—¡Ah! ¡Estoy maldita! —se decía. —¿De qué me sirven los sacrificios que he hecho de mi religión, de mi patria, de todas mis afecciones?

La muerte, sólo la muerte puede poner término á los dolores que me agobian.

Después de permanecer silenciosa un momento, horrorizada de la idea que había cruzado por su imaginación:

—¡Oh! No,—añadió.—¿Acaso puedo disponer de mi vida en la situación en que me encuentro? ¿No aparecería como parricida á los ojos de Dios?

Al despertar Cortés, notó en el semblante de Marina una melancolía como nunca había visto en ella.

Acababa de salir el ilustre caudillo de una de esas pesadillas que tanto entristecían á su amada, y adivinando lo mucho que sufría:

—¿Qué tienes, vida mía?—la preguntó.—Tu inquietud me hace temer alguna nueva desgracia.

Marina no se atrevió á decirle lo que producía su aflicción.

El caudillo insistió.

—¿No tienes ya confianza en mí? Por Dios, te ruego me digas cuál es la causa de tu quebranto.

—Cortés,—dijo suspirando Marina,—soy tan desgraciada, que sólo la muerte podrá acabar con mis penas.

—Pero ¿qué te pasa? ¿Por qué desesperas? ¿Acaso te falta mi cariño?

—Sólo puedo decirte,—le contestó,—que si el sér que llevo en mi seno no me exigiese al sacrificio de vivir, mis tormentos cesarian en breve.

La emoción que esta escena produjo en el conquistador de Méjico agravó su peligroso estado.



Al contemplarle Marina, al conocer que ella y sólo ella era causa de aquella lamentable postracion, juntando sus manos, elevando su mirada al cielo y en actitud suplicante, exclamaba en medio de la mayor amargura:

—¡Qué he hecho, Dios mio! Tal vez mi imprudente cóndncta vá á acelerar la muerte de mi amado, y á dejar huérfano al fruto póstumo de nuestro amor ¡Oh! La Providencia castiga mis pecados, haciéndome sufrir los más acervos dolores, el más cruel martirio.

La noticia del grave estado en que se hallaba Cortés circulo entre los tlascaltecas.

Al regocijo que habia reinado en la fiesta sucedió una profunda tristeza.

Los festejos se suspendieron.

Los nobles estaban preocupados, y continuamente se acercaban á la morada del caudillo para informarse de su situacion.

Los plebeyos se lamentaban tambien de aquel contratiempo.

Marina, la cariñosa é infatigable india, y los servidores que prodigaba sus cuidados al valiente caudillo, tenian que tranquilizar á cuantos acudian á saber cómo se hallaba, para que con sus exclamaciones no agravasen su dolencia.

Los senadores avisaron inmediatamente á los médicos más famosos de la república.

Su ciencia, como es de presumir, se reducía al conocimiento de las yerbas medicinales.

La práctica les habia hecho apreciar sus virtudes curativas, y las aplicaban con asombrosa oportunidad.

Aunque la ciencia médica se hallaba en su infancia, instintivamente se servían de ciertos yerbas, que por efecto de su aplicacion desterraban las enfermedades, y entonces propinaban al paciente ciertos medicamentos que producian su completa curacion.

Antes de atender á la herida de Cortés, dirigieron toda su atencion á destruir la fiebre que le devoraba, y cuyos progresos hacian temer un resultado fatal.

Cuando esto consiguieron, se dedicaron á cicatrizar su herida, y al poco tiempo lograron el resultado apetecido.

El jefe de los españoles recobró su salud.

Al saberse tan feliz noticia, la alegría brilló de nuevo en todos los semblantes, y en los dias que siguieron á su restablecimiento se vió rodeado de los senadores, de los altos dignatarios de la república, de los caciques, de los ministros, de todos sus amigos, en fin que con las frases más cariñosas, con la expresion del más sincero afecto, le demostraban cuánto se interesaban por su salud.

Hernan Cortés, con la bondad que le caracterizaba con la elocuencia que le era propia, dió gracias á todos por la generosidad de sus sentimientos, y despues de despedirse de ellos reiterándoles su amistad y proteccion, se consagró de nuevo á los delicados asuntos que reclamaban su cuidado, para llevar á ca-



bo la mision que tenia que cumplir en aquellas lejanas tierras.

Esta mision se hacia cada dia más difícil.

Los soldados perdian la esperanza, los viveres escaseaban; sólo un milagro de la Providencia podia salvar á los españoles.




---

## Capitulo LXXIV.

---

La curandera.

Deseaba vivamente nuestro caudillo saber el estado en que se hallaban las cosas en Veracruz, porque este punto era de suma importancia para una retirada.

Al efecto escribió á Rodrigo Rangel, que capitaneaba aquellas fuerzas, y este valiente español despachó un emisario para que le enterase detalladamente de cuanto ocurría.

Apenas avisaron á Hernan Cortés su llegada, se apresuró á recibirle.

El soldado con el mayor respeto.

—Esta carta, señor, —le dijo, —me acredita cerca de vos como enviado de Rodrigo Rangel.

—A la verdad que me alegro infinito poder apre-